

EDITORIAL LITE

BIBLIOTECA DE BOLSA

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

BIBLIOTECA

Ca 20

Nº 51

f. 481



EL MILAGRO DEL TAPAL

CUENTO DE COSTUMBRES CANARIAS
POR
MARIANO VICO GOSPEDAL

CON UN APÉNDICE DE "GUILLÓN BARRÚS"

76-3 (45.751)

270
8

:: EDITORIAL LITERARIA ::

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

EL MILAGRO DEL TAPIZ

CUENTO DE COSTUMBRES CANARIAS

ORIGINAL DE

MARIANO VICO COSPEDAL

PORTADA DE P. DE GUEZALA.



LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA

SANTA CRUZ DE TENERIFE

CANARIAS

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

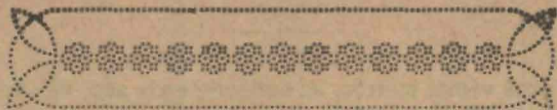
BIBLIOTECA

C# 20

Nº 51

6605043899





EL MILAGRO DEL TAPIZ

I

Descienden los Valleblanco de uno de los más esforzados caudillos de la conquista de las Canarias que, milagrosamente y malherido, se salvó de la matanza de Acentejo.

Su casa solariega, en la villa de la Orotava, palacio señorial que al exterior ningún atuendo arquitectónico tiene, ocupa una extensa manzana. Por su fachada principal dá a una calle, más bien ancha que estrecha, en pronunciado declive, que va a morir en la pendiente ladera. Se empina ésta, bruscamente, y parece rematar, por un fenómeno de perspectiva, en los escarpados que rodean la base del gigante; el viejo padre Teide que, envuelto casi siempre en el flotante manto hecho girones de las nubes, rara vez muestra su altiva cabeza, tocada con los ralos mechones canos de sus nieves.

Frente a la fachada del vetusto edificio y cogiendo todo el ancho de la calle, de bordillo a bordillo de entrambas aceras y en un largo de

unos veinte metros, se extiende cada año, desde hace más de un siglo, en cada octava del Corpus, un magnífico y policromo tapiz que, las finas manos señoriales de los Valleblanco componen, concertando, con verdadero arte, los brillantes y los suaves matices de las flores que crían en su espacioso jardín.

Se utilizan para admirar la artística obra, los tres grandes balcones que, amplios, descansan en labrados y numerosos canecillos muy salientes, como graciosas palomillas recortadas en fuertes y anchos tablones y, se abren en la fachada, alegrándola con la mancha verde, fuerte y fresca de su pintura.

Están estos típicos balcones canarios, de una bella traza mudejar, hornados con entablamentos de varios resaltes hasta la altura del tallado pasamano y, con sus apretadas celosías, hasta por encima de la cabeza, producen una grata impresión de placidez monacal, exenta de toda fría austeridad. Avanzan, anchurosos, hacia la calle, cubiertos por voladizos y pendientes tejadillos a tres aguas, en los que sus antiguas tejas verdinegras, manchadas de musgo y líquen, parecen filas de grandes y dormidos lagartos. Vierten en canales talladas en oscuros maderos en los que a la vez se apoyan y éstos, a su vez, descansan y derraman en bellas gárgolas, también labradas en recios troncos, ennoblecidas y estilizadas en una artística vejez, acentuada por las dobles injurias del tiempo y la intemperie.

El día de la Octava del Corpus, la gente del pueblo y los forasteros de toda procedencia, isleños y peninsulares, amén de buen golpe de incondificibles y casi siempre rubios extranjeros que,

atraídos todos por la típica fiesta, recorren las calles de la Orotava, tienen paso franco en la casa solariega, curioseándola cada cual a su talante, admirando la gran profusión de cuadros, tapices, muebles de época, porcelanas, bronce y plata labrada que, en paredes, mesas y bargueños de finas y trabajosas taraceas, en consolas y vitrinas, lucen su rara belleza y su enorme valor.

Se asoman los curiosos visitantes a los balcones señoriales, de ordinario silentes, cerrados y misteriosos como coro de monjas, y desde ellos gozan, el rato que buenamente quieren, la contemplación del tapiz florido y perfumante; muchas veces, un verdadero cuadro de dibujo y colorido irreprochables.

Puede visitarse también, y es lo más gustoso, el jardín amplio y ameno. Se engalana este delicioso lugar con la profusión magnífica de cuantas plantas florecen, no estando libres de ellas más que algunos pequeños cuadros en los que, emboscados entre numerosas macetas, también florecidas, se alzan los brocales de varios pozos, con cuyas aguas se abastecen un par de estanques que luego las reparten a todo el huerto por regueras y atanores, fertilizándolo.

Ver aquel jardín en cualquier tiempo, pero más señaladamente desde Marzo a Junio, es, sin exageración, haberse asomado a un trasunto del paraíso. Las tapias, revestidas completamente de jazmineros, madreselvas, geranios trepadores, yedras y «bouganvillas» de varios colores y diferentes tonos, no se ven, cubiertas por el copioso manto, que rico en todos los matices del verde, remontándose, cae en cascadas sobre la calle, entoldando a trechos la acera. En varios lugares,

troncos, ramas y hojas quedan ocultos bajo una floración tan compacta, profusa y abundante que, a distancia, es una mancha única, sin huecos ni claros, de un azul profundo de cielo de estío o de unos morados maravillosos y vivos, como magníficas y episcopales capas litúrgicas. Sólo han sabido reproducir estas encendidas sinfonías de los colores, contados pintores canarios que, habiendo abierto los ojos ante esta divina orgía de la luz y las flores, han podido aprehenderla en sus retinas, aprisionándola, fielmente copiada, en esas verdaderas cataratas de tintas joyantes y luminosas,—flores y sol—que son las acuarelas de *Bonnín*.

II

La anchurosa casona-palacio de los Valleblanco es de una severa y escueta traza; casi pobre en lo externo, como las casas fuertes árabes, es en su interior rica de ornamentación y mueblaje, hasta parecer en algunas de sus vastas piezas, magnífico museo. De ella cuidan, y han cuidado siempre, numerosos servidores que, de padres a hijos, se suceden en la severa, sosegada, fácil y grata servidumbre de los Valleblanco.

Por el tiempo de esta verídica relación, amén de varios viejos criados, hombres y mujeres, había en la casa un muchachón alto, membrudo y cetrino que daba el cuidado de sus recias manos a las plantas del extenso jardín y a la caballeriza bien poblada; que los Valleblanco, apegados a lo tradicional, no habían sustituido los coches muelles, seguros, y calmosos, ámplios y pesados como galeras castellanas, por los autos, que veloces, trepidantes y escandalosos, son tan del gusto de los nuevos potentados.

Como doncella de la vieja señora, abuela del único Valleblanco varón que por entonces quedaba, había una muchachita, menuda, nerviosa y fina, de grandes ojos oscuros y dulces, de blanca tez satinada, señorilmente empalidecida por la fresca sombra de la secular casona en la que nació y se había criado. Era esta muchacha hija de una hermosota servidora de años atrás que, malas

lenguas, decían se casó atropelladamente con un criado antiguo de la casa, — «Cho» Cristóbal —, quien, de pronto, se vió con mujer joven y guapa y favorecido con el ascenso a medianero de una extensa finca de platanera en el Valle. Fué esto por el tiempo en que el actual señor de Valleblanco, ahora viudo y vigoroso cuarenteño, entonces en plena juventud, había salido para un largo viaje por el extranjero: obra todo ello, de las sabias medidas de la vieja abuela que, también menudita como su doncella, pálida y blanca, con finas arrugas, como de viejo marfil, con sus manos descarnadas y azulinas, siempre enmitonadas, regía con dulce, pero inquebrantable disciplina, el señorial y rico feudo de los Valleblanco.

Esta criadita, de nombre María, era la preferida entre la numerosa servidumbre de la anciana señora y su nieto, el que, a veces, envolvía en una suave y cariñosa mirada paternal a la bella muchacha, tan fina y delicada bajo su sencillo atavío, casi rústico, de sirvienta. La abuela, con frecuencia, mientras María iba limpiando minuciosamente el rico y profuso mueblaje de los salones, la miraba, y posando luego sus ojos cansados sobre un antiguo óleo, retrato suyo de cuando era soltera, se entristecía, y bajando la cabeza con gesto dulce y melancólico, suspiraba. Y no era ella sólo quien había encontrado en la muchacha una ténue remembranza de su marchita belleza; muchos también repararon en aquel dejo de parecido entre la joven servidora y la noble anciana, trasluciendo y subrayando la observación con una sonrisilla de malicia.

III

Muy raro parecerá que a la vigilancia, tan activa y experimentada de la vieja señora, se le escapase percibir cómo María y Rafael,—que así se llamaba el jardinero y caballero,—se veían a menudo y a escondidas entre los profusos macizos del jardín; pero ello es así.

Supo Rafael, a pesar de la tosquedad de su rústica corpulencia, o quizá por ella, conquistar la atención de María que, cada mañana, bajaba a coger flores para el comedor, el oratorio y los cuartos de sus dueños. Y los perfumes de aquel huerto encantado, quieto y dormido entre sus tapias floridas, con los cantos de sus pájaros y el susurro de sus linfas en los escondidos atanores, hicieron lo demás. Que no fué sino incendiar su corazón ardoroso y entregarlo, vehemente, frágil e indefenso a un amor, que la recia y carnal humanidad del zagalón, pronto llevó hacia el polo opuesto de la casta espiritualidad que tan bello y poético marco pedía y les brindaba.

En las claras noches de plenilunio de aquel último invierno, una figurilla temblorosa y recatada, deslizándose medrosamente por la escalinata que de la casona baja al jardín, se sumía en el misterio obscuro de los paseos enarenados, yendo a caer, anhelante y estremecida, en los brazos de Rafael, que agazapado entre los retorcidos y apretados rosales, la aguardaba enardecido y

ébrio con los perfumes densos y mareantes del jazmín y la madreSelva.

Nadie sospechaba en la casa y los meses transcurrían dulcemente.

La muchacha, miedosa al principio de disgustar a sus dueños y protectores, ocultó cuidadosamente sus amoríos y después, avengonzada, y antojándosele que eran un pecado y una gravísima falta al respeto que debía a la noble casa en que siempre vivió, más exageraba las precauciones para que siguiesen ignorados.

Lloraba la chica algunas veces sobre el pecho del zagal estas zozobras y temores y éste, que antes, para hacerla suya, le había jurado infinitas veces que se casarían, callaba ahora con un silencio denso y hostil.

Iba corriendo este amor la triste suerte de tantos amores. A medida que en ella crecía absorbiéndole la vida, cavándole azules ojeras en las que sus ojos, febriles, se enterraban en un livor de pena y extenuación, en él amenguaba y desfallecía, ahogándose en la saciedad y en las preocupaciones de las responsabilidades por sí, un día, aquéllas entrevistas ocasionaban el contratiempo de un nuevo ser.

Quizá no eran en su torpe inteligencia diáfanas y precisas estas reflexiones; pero por entre su razonar obscuro y premioso se abrían paso los malos consejos de esos instintos del hombre primitivo, bestia amoral que, una vez satisfechos sus sentidos, sólo busca abandonar lo tan ardientemente deseado, ya muerto por el hastío su apetito. Se lo aconsejaba, además, el miedo a los señores, tan réctos, tan severos.

En esta triste situación se hallaban, cuando,

una noche, la muchacha, entre lágrimas de temor y quien sabe qué alegría recóndita e incoercible, le dijo algo que a él le puso hosco y sombrío. El temor turbiamente presentido llegaba como cruda realidad y el brutal egoísmo del hombre, del macho desamorado ya, mejor dicho, cerraron la boca del jayán a toda palabra de aliento o consuelo. Ni una promesa de las que cuando quería hacerla suya le prodigaba, se asomaron a sus labios, por compasión siquiera. Y la pobre muchacha, volvió llorando a su cuarto, ahogando los sollozos, con las entrañas estremecidas por aquella amenaza de maternidad que, a un tiempo mismo, le causaba espanto y una incomprensible y sutil alegría, que naciéndole en lo más remoto de su ser fecundado, le trasminaba, subiéndole hasta el corazón, como el suavísimo perfume de una flor santa y rara de ternura infinita.

Ya en su cama, con la boca contra la almohada, dió rienda suelta a sus lágrimas; y de entre aquel caos de ideas borrosas y turbios sentimientos, veía surgir la tierna figurilla de un ser sonrosado y minúsculo; débil, suave y perfumado como una flor; y los temores se ahuyentaban, que para cuidar de aquella frágil vida, sentíase con fuerzas sobrehumanas. Se iría de la casona de los Valleblanco, del pueblo, de la isla; ¡el mundo es grande!—pensaba— y trabajos, luchas y vergüenzas; todo, todo se lo pagaba con sus miradas de cariño aquel angel que ella miraba ya sonriente en su regazo. Sería como aquel niño Jesús a quien la vieja señora rezaba en el pequeño altar del oratorio, entre las perennes luces de dos lamparillas y las flores que ella misma renovaba todas las mañanas.

Sus lágrimas se habían secado y su cara descarnada irradiaba la belleza de una dulcísima sonrisa. Y seguía pensando: Crecerá a mi abrigo, se criará con mi solo amparo y así, a mi lado siempre, debiéndomelo a mi todo, llegará a ser hombre; un hombre guapo, fuerte y bueno que nunca engañará a una pobre mujer, que jamás será un mal hombre como su padre.

Dejó de bajar al huerto por las noches, y al ver que Rafael, lejos de quererla ver, la rehuía, notaba que iba odiándolo; con un odio sordo, profundo y salvaje, hijo, como su amor, de su temperamento vehemente y reconcentrado. Y aquel odio, denso, iba envolviendo su corazón como una de esas nubes negras, cargadas de tormenta que rápidamente lo dejan todo obscuro y sombrío, envolviendo y tragándose el sol.

IV

En esta hermosa mañana de los primeros días de Junio, víspera de la Octava del Corpus, el sol luce esplendoroso en un cielo intensamente azul, sin una nube.

El huerto de los Valleblanco, cuajado de flores, en un desbordamiento de matices y aromas, parece ofrecer riente sus mejores galas al sacrificio que se le prepara, como si supiese que ellas servirán, bellamente concertadas, para expresar la tierna y poética ofrenda tradicional.

Hace un rato, la anciana señora, apoyando sus brazos en los de su nieto y María, recorre los senderos, deteniéndose ante cada cuadro de plantas florecidas. Van calculando si habrá suficientes para formar el tapiz de aquel año, el más grande y artístico de cuantos llevan hechos desde que se inició la poética costumbre de esta oblación al más alto símbolo de la religión cristiana.

Cojen algunas flores para estudiar los efectos de color al mezclarlas y repartirlas formando los distintos matices del cuadro. Les van dando mentalmente, ya, desde ahora, el lugar y la misión que a cada cual le corresponderá para lograr el armónico conjunto.

Hace pocos días, cuando desesperaban de que llegase a tiempo, habían recibido un paquete, en el que, desde Inglaterra, les enviaba un

amigo varias estampas, cumpliendo el encargo que meses atrás le hicieron.

Eran cromos admirables, de regular tamaño, con asuntos piadosos; ricos de color y de artística composición. Entre ellos, eligieron uno bellísimo y de tierno asunto: el *acendrado amor* de Jesús a la infancia, como símbolo del mejor empleo que a la divina llama cordial, al tierno amor, podemos dar, poniéndolo en los immaculados de corazón.

Lleva el señor de Valleblanco el cromo en la mano con que no sostiene a su anciana abuela. Lo ha pegado en un fuerte cartón para que resista mejor el duro ajetreo de la copia y van registrando minuciosamente el jardín. Comparan una a una las diferentes flores de cada parcela, con sus distintos matices, que sabiamente distribuidas en el anchuroso espacio están, ora expuestas al norte las más tempraneras, o bien al medio día y protegidas por abrigos de rosales y jazmineros tupidamente entretegidos o por espalderas de cañas entrelazadas las tardías, acordando de esta suerte y con podas y riegos oportunos su florecer para una misma época, a fin de que por este tiempo esté en todo su apogeo.

Les tiene alegres ver, cómo por una feliz casualidad, los tonos de las variadas flores sirven a maravilla para copiar, sin gran trabajo de mezclarlas, los diferentes matices de la bella estampa.

Es esta, una composición en la que una figura de Jesús, con amplia veste de una blancura lechosa, de cándido lino, se mantiene ingrávida en el centro de un gran vitral gótico de marco policromo.

Sobre la cabeza del Salvador, dulcemente melancólica con sus cabellos castaños y rizados, partidos sobre su luminosa frente cayéndole hasta los hombros, fulge una aureola circular de trazos suaves y dorados, como hecha con rayos de sol. En el centro de la aureola, una paloma, con la blancura de su pechuga manchada del rojo vivo de una herida sangrienta,—el supremo amor del Verbo a sus criaturas—se sostiene en el prodigio de un vuelo quieto. Alrededor de ésta aureola, unas doradas letras góticas, esbeltas versales de trazos escuetos y apretados, dejan leer, con gran claridad, la dulcísima llamada del tierno Jesús a los inocentes de la tierra, simbolizados por la pura infancia: «VENITE AD MÉ PÁRBULOS».

Sonríe la divina faz del Dios-hombre y con dulce ademán de amor infinito, con sus manos exangües, traslúcidas, rotas y acardenaladas, ofrece su corazón, de un rojo encendido, que desbordando a raudales la sangre oscura y copiosa de su amor, cae en una catarata desde las alturas celestes en que el Cristo se sostiene, flotando etéreo.

La sangre del amor divino, roja, como arroyos y oscuros rubies al brotar del corazón, va aclarando suavemente sus encendidos tonos, recorriendo todos los matices calientes de las púrpuras, en una lenta degradación; y tras aclararse en unos rosas, vagorosos como cendales de amanecer sobre el limpio azul de los mares, al fin se resuelven en una difusa claridad astral, diáfana y dulcemente luminosa que, envolviéndola como en una caricia protectora, hace que se destaque del sombrío fondo que a los pies del

Salvador simboliza las negruras del egoismo humano, una rústica cuna, junto a la que una madre, con actitud de sublime arrobamiento, alza en sus manos a su tierno hijo, desnudo, dorado como una espiga, bañándolo en la suave claridad del amor que desde el ardiente corazón de Dios, baja a esclarecer la mísera vida de los hombres.

María, mirando la bella estampa, ha besado largamente con sus tristes ojos la rubia figura del niño y un vaho dulcísimo de lágrimas, subiéndole de las entrañas, le ha empañado las pupilas.

Los señores, abstraídos ante las diferentes flores, no reparan en las lágrimas de la pobre muchacha que las borra con disimulo, mirando hacia un lado, como distraída con algo lejano.

Mientras andan lentamente, la anciana le dice a su nieto:—«Estoy muy contenta hijo, la alfombra de este año, quizá la última que yo vea, va a ser la más hermosa de todas las que se han hecho desde que mi pobre madre, que de Dios goce, comenzó ésta costumbre. Hizo ella la primera siendo todavía muy joven, la pobre, y recién casada, y fué, como sabes, una ofrenda para salvar la vida de su primer hijo, muy enfermo.

—«Dios se lo agradeció, abuela, y se lo puso bueno—añadió el caballero—y ahora es una costumbre de muchas familias.»

—«Pero ahora, más que por piedad, se hacen por un afán de lucimiento; va quedando muy poca fé en el mundo, hijo.»

—«De cualquier manera, me agrada ver que nuestro pueblo es el único que tiene como tradicional esta poética manera de embellecer su religión, poca o mucha.»

— Pero va siendo una cosa de paganos lo que comenzó siendo de tan pura y cristiana raiz.

— No le dé pena, abuela; usted, como no ha salido por esos mundos, no ha visto que la fiesta del Corpus es en todas partes como un rito degenerado de Ceres y Pomona. En Andalucía, tan religiosa al parecer, las andas del Corpus van cubiertas de espigas y racimos tempranos, de flores y frutos; y la alegría de los días por que se celebra, con su cielo despejado y lleno de luz, con la promesa tocándose ya de las cosechas para recogerse o recogiendo, ponen su contento en las caras de las gentes.

— Sí, hijo; pero no se dan cuenta de lo hermoso del símbolo que celebra esta fiesta, ni hay recogimiento.

— Es igual, no sea descontentadiza; el que se alegra se hace bueno y, si ya lo es, se hace mejor. Hay que ver con gusto cómo la gente viste sus mejores trapos y alegre ríe y alborota. Nuestra religión ha prodigado con exceso los espectáculos de tristeza, y pocas son las procesiones en las que los dolores, el sufrimiento, las llagas y lacerias de las imágenes no enturbian el contento de las almas con la tenebrosa exhibición de estas tallas de nuestra imaginería religiosa; en ellas el crudo realismo del arte español, tan cruelmente humano, se complace en recargar la sangre, las llagas, los cardenales, las espadas, puñales y saetas, las aspas y los azotes, los martirios, en fin, y los dolores de toda clase.

— Calla, calla, condenado, que tu eres otro hereje. Aunque te vas haciendo viejo, ¡aun no has llegado a esta edad mía en la que se ve bien claro que si nuestra religión se va imponiendo a

todas y será eterna, es porque continuamente llama a los corazones al dolor que sosiega y depura y abre los ojos a otros horizontes de perfección y consuelo.

—Abuela, abuela... no hay que ser intransigente. La alegría tonifica, y si tras sufrir los dolores de cada día amontonamos sobre nuestro corazón otros dolores imaginarios, la vida se hace intolerable. Quizá por eso, la sensibilidad de la gente busca de una manera intuitiva el sano equilibrio y huye de las tristezas fingidas. Hace bien, bastante tenemos con la de ver que vamos envejeciendo y que todo ha de acabar..... ¿Pero qué es eso, va Ud. a llorar, abuela? ¿Es por mí? ¿Cree acaso de veras que soy un hereje? ¿Cree V. que no siento, aunque con las ideas de mi tiempo, la religión.....?

—No es eso hijo mío, no... Es que en estos días, tan llenos de ajetreo y de vida, pienso en lo que fué esta casa; en los que se han ido para no volver; en que mi vida se acaba, y la pena me rompe el corazón... ¡Hijo, hijo!, cuando se ve ya cerca el fin, ni la misma religión consuela de la pena de morir... Y Dios me perdone, que ahora soy yo la hereje.

—¿Quién piensa en morir ahora. Sin que vayamos a ser eternos, que eso sería aburrido,—bromeó el caballero,—aún nos quedan muchos años que vivir... Con que... a desarrugar ese ceño, abuela, y a tener ánimo para que la alfombra de este año sea lo que nos hemos propuesto, la más hermosa de todas.

—Dices bien hijo: a lo irremediable es tonto hacerle pucheros.

—Justamente. Y, ahora que recuerdo ¿Rafael

no ha aparecido todavía por aquí? Ese muchacho se está volviendo un salvaje; más huraño y áspero está que un erizo.

—Las malas compañías, hijo. Ya me han dicho varias veces que le han visto con el tuerto de la Rambla, con ese perdido, con ese borracho.....

—Peor que todo eso, abuela. Un Judas que engatusa a la muchachería atontada de media isla. Les calienta los cascos a los infelices, les arregla papeles falsos, los explota y los mete de cualquier manera en los barcos, camino de América; a que se mueran por allá de hambre en la mayor parte de los casos.

—Ya lo sé, hijo, ya lo sé. Un verdadero crimen que no sé como se consiente. ¡Esta justicia de ahora! ¡Desgraciados! Para uno que trae unos reales, cuántos infelices perecen por allá...

—Y de los que no perecen, la mayor parte se olvidan de su tierra y por allá se quedan. Aquí nacen, aquí se hace el esfuerzo más penoso, criarlos, y cuando pueden servir de algo al país y a sus familias, se largan.

—¡Egoistas! Y menos mal los que se van sin dejar la cola de una trastada; que muchos lo hacen por no cumplir como deben. ¡Egoistas!, ¡malos cristianos!

A la pobre muchacha le partían el corazón aquellas recriminaciones que a todas horas a ella también le manaban del pecho, queriendo cuajar en gritos e insultos al mal hombre que la engañó. Parecía como si un fino instinto le avisase a sus señores de sus propias penas. Y creyéndose descubierta y aludida, las mejillas se le ardían en brasas de vergüenza.

Hubo un corto silencio que el caballero rompió llamando a voces al zagalón. Rafael... Rafael.

—Quizá haya salido, hijo,—dijo la señora.

—¿Le pidió a V. permiso?

—A mí no; pero contra mi voluntad tiene la llave de la puertecilla del jardín, y entra y sale como Juan por su casa.

Inopinadamente, sin haberse oído ruido de pasos, Rafael se apareció detrás de sus amos y de María y, con voz taciturna, mirando al suelo, se le oyó preguntar:—¿Me llamaban los señores?...

—¡Gracias a Dios, hombre! ¿Dónde te metes, que andas como perro huído? En toda la mañana se te ha visto el pelo, con la falta que hace que hoy ande vivo todo el mundo.

—Estaba cortando flor... en el rincón de las colmenas... y como cae «deseparao».

—Temprano es para cogerla todavía; vale más cortarla por la tarde y a prima noche.

—La voy poniendo en las «canastras» a la orilla del estanque chico, en la sombra de las cañas brabas...

—Menos mal: pero no cortes más y vé bajando los marcos que hay hechos en la azotea; ten cuidado de no estropearlos. Pero ¡levanta esos ojos que pareces un traidor de comedia, mirando el suelo siempre, o de reajo; a la gente se le mira a la cara... ¿Qué te pasa, que llevo varios días notando que estás como disgustado? ¿Qué te ocurre; vamos dí...?

—A mí... a mí no me pasa «na».

—Pues lo parece hijo—intervino la anciana y añadió:—Si te sucede algo debes ser franco, que aunque no seas de los que se han criado en la

casa, ya sabes que nos gusta remediar lo que **está** en nuestras manos; y tú no ibas a ser menos que los demás.

—Se agradece... pero... a mi no me pasa «pa»...

—Pues más vale así,—cortó malhumorado el señor;—pero cuando hables conmigo, miramé a la cara, que los ojos perdidos hacen semblante zaino y de mala persona... Y anda a bajar los marcos y ten cuidado con ellos.

Rafael giró lentamente sobre el mismo sitio en que estaba y, con los brazos colgantes y la cabeza inclinada, se alejó con paso tardo, trascendiendo el disgusto y el desabrimiento de toda su persona.

Cuando se había alejado un trecho, la abuela añadió:—A este muchacho le pasa algo. Está muy cambiado. Las malas compañías le deben estar echando a perder; algo feo maquina... Habrá que vigilarlo hijo; por su bien más que por nada...

—No es para tanto abuela. Quizá ande enamorado que, a estos brutos, cuando les pica la tarántula, se les atarugan las palabras, se ponen murriosos y zorroclocos y hasta que se les pasa andan como traidores de melodrama, como si les hubiesen dado cañazo.

Nuevamente la pobre muchacha limpió con disimulo sus lágrimas mientras hacía que enderezaba unas plantas algo acostadas. No podían imaginar sus señores que con sus palabras, ahondaban la llaga enconada de su pobre corazón. Afortunadamente una pregunta de la abuela dió nuevos derroteros al diálogo.

—¡Y claveles rojinegros de cresta de gallo pa-

ra hacer el rojo fuerte de la parte del corazón y de la sangre, vamos a tener?

—¡Ah, caramba! se me había olvidado. Ya estuve apenas me levanté en la parcela de los claveles y sólo han abierto una media docena. Hay que mandar a casa de Don Acisclo; ellos tienen ya abiertos. Su jardín está mejor orientado que el nuestro y todo viene allí más temprano. Me ha ofrecido en varias ocasiones su flor; como ellos no hacen alfombra este año...

—Pues vamos hacia la casa y que Rafael se acerque en la potranca. Les pones cuatro letras y que nos manden ocho o diez docenas.

—Con cinco o seis será bastante. Mire V. abuela,—y le mostraba la estampa—de ese tono fuerte no vá más que esta parte, todo el corazón y ésta de aquí, el chorro oscuro de sangre. Si se ve que nos falta flor roja encendida se puede aclarar esta parte desde un poco más arriba con los claveles de color de rosa, que de esos tenemos en abundancia.

—Eso tú lo harás como mejor creas; pero vámonos hacia la casa y envía a Rafael que yo conozco a mi gente y luego, a última hora, son las apreturas.

—Pues vamos.

De nuevo se apoyó la señora en María y su nieto, comenzando el regreso a la casona.

Este decía mientras andaban:

—Las formas de las figuras y la de la cuna, ya las tengo hechas; amplié el dibujo trazándolo con tiza en la azotea, medio a mano, medio con una especie de pantógrafo que me he improvisado con unos listones, y estoy contento. Las propor-

ciones han quedado muy justas. Si acertamos en los colores, será cosa digna de verse.

—¿Y las formas para el vitral y para la orla del tapiz, las has hecho?

—Sí; pero esas prefiero armarlas al ir las colocando: son líneas rectas y ya tengo los flejes cortados al tamaño y marcados los puntos de referencia para las uniones con el dibujo; así es, que eso no nos dará trabajo y, mucho menos, dificultades.

—¡Qué poco te puedo yo ayudar ahora, hijo!

—¿Cómo que poco? Mañana, usted, se levanta a su hora de todos los días y después de desayunarse, sin prisa, a eso de las ocho u ocho y media baja usted; yo le tengo preparados unos cuantos canastos con flor fina deshojada y puede V. matizar lo que ande flojo de color. De algo le han de valer tantos años de práctica, su fama de buena bordadora en colores y su buen gusto; sin V. no hubieran sido nuestras alfombras las que siempre se han llevado la palma!

—¡Adulón! cortó la viejecita complacida; que el amor propio no nos deja ni al borde de la fosa.

—Nada de adulón, abuela, sin V. saldrían muy medianas.

—No me hago ilusiones hijo. Desde que tú las diriges y casi las haces del todo, son más vistosas y con más arte.

—Yo creo que no..., pero en fin, si algo pongo, será por el refrán... «De casta le viene al galgo...»

—Bueno, hijo. Déjame aquí con María y escríbele a Don Acisclo; y dirígele la carta a él y a las niñas por si él ha salido, que todo hay que

precaverlo: y que traiga los claveles, que no estaré tranquila hasta verlos aquí.

—Allá voy; pero no tome mucho sol abuela, que ya caliente demasiado. Mira, María, arrima ese sillón a la sombra del níspero, que debajo de él hace un sol y sombra muy agradable.

— Anda, anda, que yo me cuido. Y date prisa, que el día se va que es una bendición y luego son las carreras.

El caballero subió calmoso los peldaños de la cómoda escalinata, ganó la puerta de la casona y se perdió en la sombría frescura del obscuro y anchuroso pasillo, camino de las estancias interiores donde tenía su despacho.

V

María y la anciana se pusieron bajo el frondoso níspero que dejaba tamizar el sol en una red de ojuelos tembladores bordándoles las ropas de lucientes y movedizos lampos, como menudos espejos que bullesen.

—Siéntate aquí, María, dijo la señora—y le señalaba el suelo a su lado.

—¿Quiere V. que le lea? preguntó la chica arrellanándose en la tierra con esa rústica facilidad cómoda tan propia de las mujeres canarias del pueblo.

—No estará mal un ratito de lectura hasta que venga el caballero. Y sacando de su amplia faltriquera un pequeño libro bien encuadernado en obscuro tafilete, se lo alargó a María. Lo abrió esta por la señal que marcaba un papelillo doblado y comenzó a leer con reposada voz, clara y bien entonada. Había sido su maestra la anciana señora y leía con rara habilidad, impropia de una muchacha de su clase. Fraseaba admirablemente y, puntos y comas, interrogaciones, apartes y admiraciones, en una justa ponderación, matizaban la lectura haciéndola expresiva y gustosa.

Eran cuentos de Palacio Valdés. Estaban ahora en aquel desgarrador que se titula «¡Solo!» y llegaban al alegre pasaje en que el padre, riendo y bromeando, se chapuzaba haciendo surgir de la tersura del agua remansada del río quebrados

surtidores con sus fuertes manotazos, con lo que el *pequeñuelo* reía y *palmoteaba* de contento sentado sobre el verde césped de la orilla. Pintaba el tierno y supremo narrador la bella escena, con esa divina sencillez, tan solo suya, y en el rostro de las dos mujeres se iba notando el *arrobamiento* que les producía aquel puro y santo amor paternal. Oían materialmente la robusta voz del padre diciéndole *nonadas* al pequeño y las risas cristalinas del rapaz, encantado con los volatines de su padre en el agua. Que a tanto llega el maravilloso poder descriptivo de ese divino mago de la ternura, que con pocas y sencillas palabras nos pone ante los ojos de la imaginación las escenas, con su luz y sus colores; con su paisaje y sus figuras; todo en animado y viviente movimiento y al mismo tiempo, nos infiltra, sutilmente, en el corazón, un dulcísimo soplo-cordial, arrancándonos lágrimas o risas, según él quiere.

Seguía la muchacha la lectura y cuando, al fin, el cuento terminó, con la inesperada y terrible ansiedad de anhelar, esperando inútilmente que el *robusto nadador*, el *tierno padre*, logre salir a la superficie, no dejando abandonado y «¡Solo!» al pobre niño; cuando llegaron las últimas palabras; aquellos desgarradores y trágicos «¡papá! ¡papá! ¡ven papá!... ¡no juegues más! ¡ven! ¡ven! ¡papá!»; las lágrimas le corrían a hilos y la cegaban sin dejarle ver aquellas crueles exclamaciones.

Se llevó la mano al pecho oprimido de angustia, y reclinando su fina cabeza contra las haldas de la señora, sollozó en silencio, estremecido su frágil cuerpo por el dolor, sintiendo la terrorífica impresión de que sus entrañas, comprimidas fuer-

temente para disimular el abultamiento de su vientre, se vaciaban sobre un abismo insondable, con sordo rugir de aguas despeñadas allá en su fondo. Se enjugó calmosa la anciana los cansados ojos de un débil vaho de lágrimas. No eran éstas tan copiosas como en la joven, que no en valde había llorado en los largos años de su vida muchos crueles y reales dolores, para sentirse afectada del mismo hondo desconsuelo que la sensible muchacha.

—Demonio de hombre, cómo juega con el corazón de una,—dijo la vieja señora desahogando su pecho con un suspiro.—Pero es bonito; ¿verdad, hija?... es bonito.

—¡Lástima de criatura! ¡Pobre hijo!—gimió María.

—No seas boba muchacha; seca esos ojos. ¡Ni que fuese de verdad!... ¡habrá tonta!...

Esta llamada a la realidad fué como el oreo de una fresca brisa para el corazón oprimido de la chica. Limpió sus ojos y ya se disponía a comenzar otro cuento, cuando apareció Rafael en lo alto de la escalinata cargado con los flejes. Eran éstos unas delgadas planchuelas de unos tres dedos de ancho hábilmente dobladas, en forma, que reproducían los perfiles de las figuras. Rellenados por las flores servirían para formar el tapiz quitándolos una vez que este estuviese acabado.

María, miró al zagalón con una indefinible ojeada llena de asco y de odio. Él bajó los ojos y calmoso, descendió los escalones cargado con la maraña de las cintas de hierro, tintineando alegres al entrechocarse.

—Déjalos en el cobertizo de junto al portoncillo y ven después—le dijo la anciana.

El zagalón, siempre calmoso y como remiso, se encaminó al cobertizo. Cerca de éste había un pozo con el brocal cubierto por un recio tablón. Sobre él dejó con cuidado las formas y después, una a una, las amontonó en el suelo, bajo el techado. Formaba éste como una pequeña habitación con paredes de tabla junto a la pequeña puerta de la tapia que allí inmediata se abría. Entre éste portoncillo y la amplia puerta principal de la casona, que lucía como único ornamento un pequeño escudo con los cuarteles del señorío de los Valleblanco, es donde se confeccionaba cada año el florido tapiz.

VI

—La señora quiere algo?—dijo Rafael ya de vuelta.

—Si hijo; que ensilles la potranca, que tienes que ir a escape a llevar una carta que el señor está escribiendo, a casa de Don Acisclo. Te entregarán unas docenas de claveles; procura traerlos con cuidado y vuelve pronto que todavía queda mucho que hacer hoy.

Rafael, con la mirada baja, parecía no haber oído el recado... La señora impacientándose le preguntó:

—¿No lo has oído? ¿Que ensilles la potranca!; pero de prisa.

Rafael, mohino, dió unos pasos lentamente como quien quiere decir algo y no se atreve.

—¿Pero no has oído, muchacho? ¡que te des prisa!

El zagalón se detuvo un momento, se llevó una mano al cogote, se lo frotó despacio, como dudando caviloso y, al fin retrocediendo, a donde estaba la anciana dijo con voz opaca:

—El caso es... que... yo no puedo «dir».

—¿Por qué?

—Porque tenía que «decile» a los señores... que yo me... marchó.

—¿Que te marchas, adónde?

—«Pos» yo y un primo mío de Santa Cruz nos «embarquemos» mañana «pa» Cuba».

— ¡Que te vas a Cuba? Eso no es posible.

— Si señora, mañana... «pa» eso de las diez «u» las once tenemos que estar «embarcaos»: pienso de salir rayando el día.

— Pero eso es una locura... Ya decía yo; — dijo la señora — ves? ese es el resultado de tus conversaciones con el tuerto de la Rambla. Pero ¿no te da pena y vergüenza, dejar a tu pobre madre, viuda y sola, sin más amparo que el tuyo?

— Mi madre s' «ha colocao» en el Puerto.

— Y no te da cargo de conciencia que la pobre a sus años tenga que servir para comer?

Yo pienso «de mandala» pronto «pa» que no tenga que trabajar.

— Pero ¿no estabas bien aquí? ¿Te hemos hecho algo para que de este modo, sin avisarnos una palabra nos dejes así, colgados?...

— Es... que como mi primo no sabía si podía «embarcase» en este vapor... «pos» se ha ido pasando; pero yo pensaba «de avisales»...

— Está bien, hombre, está bien. Nos dejas en un día señalado; sin haber tenido tiempo de buscar quien cuide la cuadra y guie el coche; está bien... — Y en la voz de la anciana había un amargo reproche más elocuente que las palabras.

— Es que uno... — farfulló el zagalón — como aquí no se adelanta ná... y por ahí...

— Está bien; no me des explicaciones, — cortó la anciana señora visiblemente conmovida, que, con esa enfermiza sensibilidad de los viejos, le parecía percibir una ofensa y sentía un sincero dolor por el desagradecimiento del mozo. Y María, pálida y desencajada, miraba obstinadamente al suelo; con una turbación tan manifiesta que la

anciana la hubiese echado de ver a no estar aborta en sus propias ideas y embargada por la penosa impresión que sufría. Tan honda era, que sus pobres ojos se habían nublado de lágrimas. Dirigiéndose a la muchacha al mismo tiempo que le ponía cariñosamente la mano en la cabeza, como compensándose con aquella lealtad de la ingratitud del zagalón le dijo:

—Anda, hija, anda. Traemé la libreta de los gastos, la del forro amarillo y la caja de lata que hay en la gabeta de la derecha de la mesa de mi cuarto.

María se levantó, pausada, densamente blanca, como si brotase desenterrada del suelo y sin alzar los ojos, lentamente, rígida, como un fantasma, se encaminó a la casa. Rafael con la boca torcida en un gesto frío de malas entrañas, la siguió un trecho con la mirada, rodando los ojos, sin volverse, sin pestañear.

La vieja señora suspiró y, como saliendo de una honda meditación, le dijo:

—Mira Rafael: lo que vas a hacer no es propio de un hombre honrado; de un buen hijo, de un cristiano. ¿Qué te pasa? Háblame con franqueza. Te tenemos ley y malo será que entre el caballero y yo no podamos arreglar lo que sea. Mira que por ahí se pasan miles miserias hijo: que una cosa son los cuentos bonitos de los que vuelven y otra las miserias y la soledad y las enfermedades y el morir en tierra extraña que les ocurre a muchos. Vamos, franquéate conmigo; hazte cuenta que no soy tu señora; figúrate que soy tu pobre madre que se va a morir de pena si te vas.

—Ella... ya lo sabe y... está conforme...

—Entonces será todo obra de ese embaucador, de ese perdido, del tuerto y algunos amigotes más que te habrán soliviantado y habrán convencido a la infeliz, engañándola, como a ti...

—A mí «nadien» «m' aconsejao». Yo no tengo amistad con «nadien»... Es que «quió ver mundo; pa ver si logro lo que otros...

—De modo que... no hay manera de hacerte cambiar de idea.

—No puedo «volveme» atrás... ya «tié» los pasajes mi primo y...

Llegó en esto María con la libreta y la caja que entregó a la señora. Miró ésta sus apuntes tras ponerse unos recios lentes que prendidos al pecho llevaba siempre en un broche y, suspirando repetidas veces, le dijo: Tu mes no cumple hasta el día último; tienes tomados diez duros a cuenta, de modo que, como estamos a diez y siete, en realidad te corresponde cobrar hasta esta noche dos duros y medio. Abrió la caja, contó cincuenta reales y se los alargó al muchacho; pero cuando éste iba a tomarlos cambió de idea, tomó más dinero, completó la mensualidad y se la entregó. La recibió este y dando las gracias con tono opaco se encaminó lentamente a la caballeriza.

La vieja señora al verlo marchar, cabizbajo, sintió una gran pena y rebuscando en el fondo de la caja, nerviosamente, tomó un paquetito cuidadosamente hecho con un blando papel de seda; lo deshizo y, al mismo tiempo que separaba de otras monedas de oro, dos viejas peluconas, dos onzas amarillentas del tiempo del Rey Carlos III, le dijo a María:

—¡Llámalol!

La muchacha, no se movió; no articuló palabra, como si nada hubiese oído.

—¿También a ti te da pena, verdad, hija? tu corazón es bueno. Bah! quien sabe? Quizá tenga suerte: algunos vuelven ricos, quizá él...

—A mí no me da pena; replicó con voz sombría la muchacha: ¡Qué se vaya! ¡Es malo!

La anciana sin comprender el alcance de aquellas palabras dijo:

—Quién sabe, hija: es joven y la juventud se hace muchas ilusiones. ¡Rafael... Rafael...—llamó la señora con su simpática vocecilla de niña.

Rafael, que ya iba lejos, volvió la cabeza; la señora le llamó con la mano. Cuando llegó junto a ella le alargó las dos onzas diciéndole:

—Toma: quizá algún día te veas enfermo y desamparado: quizá entonces llorases pensando que quisieras volver, no pudiendo hacerlo. Por si eso llega, guarda ese dinero y con él vuelve, que si yo vivo, y aunque no viva, esta casa te dará acomodo y aquí trabajarás tranquilo... Toma... y anda con Dios. Y sólo te pido que antes de irte bajes al valle y hagas el encargo de las flores, que no hay nadie de quien echar mano, que hoy todos están muy ocupados.

Guardó el zagalón la dádiva, dió las gracias con voz sorda y dijo:

—Está bien señora, se hará como Vd. desea.

—Gracias, hombre, y anda con Dios y que él te dé suerte.

VII

Todo era animación en la casa y el jardín. Iban y venían los servidores por los arenosos paseos recogiendo las flores y poniéndolas en canastos de cañas: en unos las flores enteras, en otros los pétalos solamente; ordenados por colores. El señor había prendido en el borde de cada uno de ellos una etiqueta en la que apuntó el número con que había marcado previamente las distintas partes del cromo y los marcos correspondientes. De este modo cada color era pedido por su número y, al pedirlo, fácilmente se le encontraba en el cobertizo donde se los iba ordenando bajo su cuidadosa dirección.

Se había enarenado el piso de la calle en todo el espacio que cubriría el tapiz: así los marcos, medio hundidos en la arena, quedaban inmovilizados, y las flores, teniendo un lecho uniforme y llano, sin los altibajos del empedrado, se colocarían más fácilmente, necesitándose menos cantidad de ellas.

Habíase acordado por los señores que el caballero y María, de madrugada, aprovechando la espléndida luna llena que todo lo iluminaba, como de día, desde la media noche hasta poco antes de amanecer, colocasen los marcos y los rellenaran de flores, quitándolos después. De esta manera, sólo era necesario, por la mañana, afinar los matices, sin prisas y dar los últimos to-

ques a la perfección de los perfiles de las figuras. Para comodamente realizar esta última y delicada operación, había ideado el Sr. de Valleblanco un sencillo artilugio. Con un fuerte tablón, montado por sus extremos en sendos rodillos, había hecho un a modo de puente que, corriendo por sobre las aceras, dejaba pasar por su hueco, en la cavidad de la calle, la alfombra, sin rozarla. De este modo, trasladándolo según le conviniese a lo largo del tapiz, podía retocarlo a su sabor en todo su ancho, cuanto fuese necesario hasta lograr que reprodujese con absoluta fidelidad las tintas de la estampa.

Había, además, incomunicado con tablas hasta la altura de una persona, el trozo de calle que cogería la alfombra, para evitar que el fisgoneo de los chicos, que nunca faltan, pudiese estropearles o entorpecerles el trabajo; quedando dentro de la parte acotada, el postigo del jardín lindero del cobertizo donde estaban ordenados y clasificados la flor y los marcos, la florida paleta, que pudiera decirse, de aquella original, perfumada y nueva modalidad de la pintura. Nunca se comunicaba el lugar donde el tapiz se hacía; pero este año, la vieja señora, entusiasmada con la belleza extraordinaria de la estampa y creyendo que quizá fuese la última que viese, obligó al cabellero a tomar tal precaución, no fiándose del comedimiento de chicos ni grandes con notoria injusticia; que no había memoria de que nunca tocasen, ni menos estropearan nada los vecinos de la poética villa, enamorados y respetuosos de la artística tradición.

VIII

Todo iba a pedir de boca. El señor y María que, como todos, se acostaron aquella noche muy temprano, se habían levantado de madrugada y, a eso de las dos, y sobre la capa enarenada de la calle, colocaron rápidamente y sin dificultades las formas de fleje. Marcadas y acopladas previamente en días anteriores por el caballero en la azotea, ocuparon cada cual su sitio en poco más de media hora, formando, con absoluta fidelidad, los lineamientos del dibujo de las figuras del vitral y del marco y, dentro de ellas, las líneas negras de los perfiles de otros flejes, marcaban la distribución para los distintos colores.

Haciendo correr el puentecillo improvisado con el tablón, fué el señor de Valleblanco rellenando los distintos compartimentos con las flores y los pétalos que María le entregaba de los numerados canastos, al mismo tiempo que, con cuidado, iba quitando los flejes y así, con mayor facilidad de lo que pudiera creerse, en pocas horas y a la luz de aquella luna esplendorosa, suave, plateada y de un azulino tono de ensueño, quedó hecho el tapiz, a falta, tan sólo, de los últimos toques y de rellenar el corazón de la sagrada imagen y la cascada sangrienta que de él caía, con los claveles rojo-oscuros, como caliente y verdadera sangre recién vertida que esperaban trajese Rafael.

Estaba impaciente el señor porque no había aparecido el criado. A media tarde se marchó en la potranca y más de dos o tres horas no se podía tardar en ir, coger las flores y volver con ellas.

Iba amaneciendo. Comenzaban los gallos su escandalosa algarabía de salutación a la aurora y ésta comenzaba a teñir de suaves tintas sonrosadas el blanco jaharrado de las tapias y las rientes lejanías del valle, cuando el caballero, nervioso ya, exasperado por la mala noche y por su natural vehemente y poco sufrido, resolvió ensillar él mismo su caballo y llegarse al Valle, trayendo personalmente los claveles que le faltaban.

Recomendó a María que no dejara a nadie tocar a su obra; la instruyó para que con unas largas tijeras recortase algunas hojas que, indóciles, deshacían la necesaria y bella rigidez de varias líneas y, trasponiendo acelerado el portoncillo, se encaminó a la cuadra que, al otro lado del jardín, se comunicaba con otra calle por una amplia portalada lindante también con las cocheras.

María, en aquel amanecer, sin haber dormido y con el alma desgarrada por la brutal y egoísta conducta de Rafael, que huía dejándola sola con su vergüenza, comenzó a sentir zumbidos y mareos en su débil cabeza, demacrada y macilenta.

Encontrados sentimientos hacían a su corazón golpearle el pecho con irregulares y violentos latidos. Experimentaba un odio reconcentrado y salvaje hacia aquel miserable; una sorda y como enconada alegría al saber que iba a cesar de sufrir el asco de verle y todo ello cuajaba en el desaliento de su propio desprecio. ¿Como, ¡loca!, pudo entregar su honra, su virginidad, su niñez

casi, a un patán sin alma, záfio y brutal? Miraba obstinadamente las afiladas y largas tijeras y cerrando los ojos las oprimía, sintiendo ansias de clavarlas en su corazón y acabar de una vez. Las cosas le bailaban ante la vista; notaba que se iba a caer sobre la alfombra, exhausta, y dejó de recortar las flores, yéndose a la acera, contra el portoncillo. No veía otra solución que acabar con su vida, y una terrible idea de lograrlo sin escándalo y sin sangre se le apareció luminosa en su pobre cabeza enloquecida. ¡El pozo! ¡oh, el pozo! aquel tan inmediato, tan negro y tan profundo como una sima, podía tragarse sus dolores y su vergüenza. Y cuando febril, con los ojos alucinados y el débil cuerpecillo estremecido con violentas sacudidas ganó la puerta del jardín, al mirar atrás, con esa última mirada con que la vida, ya rota, dice adiós a las cosas, sus ojos tropezaron con la tierna figurilla del niño del tapiz. Sus brazos rígidos y contraídos, se distendieron cayéndole inertes a lo largo del cuerpo; se aflojaron sus piernas y cayó de rodillas al borde de la acera, junto a la cabeza del Salvador, que bella, dulce y amorosa, resplandecía en una dorada luz.

Ahogándose en sollozos, una plegaria que solo tenía estas palabras: ¡Perdón Dios mío! ¡perdón! muchas veces repetida, le subió del corazón a los labios.

Y sentía fuertemente estremecidas sus entrañas, como en un alborozo; como si aquel hijo quisiese alegre saltar ya a la vida y abrazársela al cuello y, besándola, pagarle con sus caricias la existencia que antes, y ahora mismo otra vez, le había dado.

IX

Unos minutos llevaba caída en la acera, desahogando con sus lágrimas su pobre pecho de tanta pena como la oprimía y la ahogaba, cuando sintió pasos en el huerto, junto al portoncillo. Se incorporó, y al volver la cabeza, vió a Rafael que con andar vacilante e inseguro de «ébrio», se acercaba con una maleta en una mano y un lio de ropas en la otra. Traía la cara descompuesta por el alcohol, los recios cañones de la barba de varios días y la mala noche; el sombrero manchado de barro; la pelambre revuelta asomándosele en mechones lacios y grasientos sobre la frente; una babeada colilla de puro remordida, colgante de un extremo de la boca de labios carnosos y brutales.

Con ese cinismo inconsciente de los borrachos, se quedó mirando a la muchacha que, desencajada, le veía como a una terrible aparición.

—Adiós... mujer... —le dijo con voz bronca y torpe.—Ya «golveré»... que sigas tan guapa... y no seas tonta,... cástate; como tu madre... No va a «faltate» un «Cho» Cristóbal que «cúdie» al chico...

—¡Vete! ¡Asqueroso! ¡mal hombre!

—«Pos»... claro que me voy... no me «viá» quedar «pal» «cúdio» de la «creatura»... ¡que lo «cúdie» el amo que te «cudió» a tí... que «pué» que tenga más obligación... Tu no eres más que

hija, éste... éste «pué» que sea hijo y nieto... «too» en una pieza...

—¡Qué dices ladrón...!

—No te enroñes muchacha...

—¡Qué dices ladrón! ¡qué dices!—repetía enloquecida la chica.

—Bah! deja ese «tinete» que yo no te he «ro-bao» na, y sábetelo; que el hijo de mi madre no ha «nacío» «pa» «Cho» Cristobal... «pa tapaera» ¿Sabes?—Y se complacía en el terrible insulto que su turbio cerebro de borracho le ofrecía como disculpa a su criminal abandono.

La muchacha le miraba con ojos alucinados, brillándole las pupilas, desamparadas, febriles y alocadas en los terribles ojos desorbitados. Confusamente le pasaron por la cabeza los recuerdos de las crueles bromas con que alguna vez la habían avergonzado brutalmente por su origen, y loca, temblando, con un extraño frío punzante en todo su cuerpo, repetía:

—¡Qué dices, mal hombre! ¡Qué dices, viva-ra!

—No «t'» hagas la paloma blanca, *condesa*, que «tío» se sabe... adios, y «c'» «haiga» pronto un «cho» Cristobal que por una miseria de plata-nera «cúdie» al roro... adiós...

Rápida, galvanizada por un espasmo sobrehumano, María hundió las largas tijeras en el pecho de Rafael que ya giraba para marcharse, diciendo: ¡Toma perro! ¡toma mal hombre!

Dió un grito ahogado, terriblemente sordo, de agonía, de muerte, y como un lácio saco a medio llenar, se desplomó sobre la acera. De sus pulmones llenos de la copiosa sangre de su corazón partido, salió un surtidor que, violento, ane-

gó con su encendido escarlata el corazón del dulce Jesús, salpicó sus divinas manos acardenaladas, tiñéndose la cascada de la divina sangre amorosa con la sangre humana y caliente de aquel miserable...

María, enloquecida, repetía maquinalmente ¡Ay Madre! ¡ay virgen! ¡qué hice! ¡qué hice, madre...!

Miró despacio a su alrededor: nadie. Un ansia terrible, imperiosa, de borrar aquello, le acuciaba y, arrancándose el delantal, lo arrebujó a la desplomada cabeza del muerto: le metió un puñado de tela en la boca, se lo aseguró, nerviosamente, con las rotas cintas y, cogiéndolo de los pies, lo arrastró al cobertizo. A dos pasos, el pozo se le ofrecía como una tumba misteriosa y propicia. Le quitó al muerto su cinturón, con él le amarró al cuello la maleta y el atado de ropa y, levantando el tablero, con unas fuerzas sobre-humanas como si fuese un desmadejado costal de arena, alzó el cadáver, y empujándolo lo precipitó en el pozo. Un sordo ruido subió de su negro fondo a tiempo que María lo tapaba de nuevo con el pesado tablón.

Como atontada, miraba a su alrededor, y un turbio instinto de acabar con todas las huellas, la llevó como una sonámbula junto al tapiz. En la acera sólo había unas gotas de sangre; las limpió estregándolas con puñados de flores desparramando luego un canasto sobre aquel sitio y, cogiendo el de los pálidos claveles, a grandes almonzadas los echó sobre la sangre de su crimen. Se quedaban los sonrosados pétalos sobre los oscuros coágulos y ella entonces, inspirada

por aquella ánsia febril de borrar todo rastro, los amasó con el líquido denso y aún caliente.

Huyó al jardín y tomando puñados de tierra de entre las plantas, mientras corría desalentadamente, llorando y repitiendo siempre la misma quejumbrosa y horrizada salmodía: ¡Qué hice, Virgen Santa! ¡qué hice!, en una reguera hundió sus débiles manos en la arenilla lavada del fondo, clavándolas insensible y arañándose las. Así, por instinto, como guiada por una fuerza inteligente ajena a su pobre cerebro paralizado, acabó con las únicas manchas con que aquel crimen, tan espontáneo, como hijo de una inexorable fatalidad, la había marcado.

Poco a poco su estremecido cuerpo se fué calmando y al fin, laxos sus débiles miembros, casi infantiles, con paso lento, como entontecida por el terrible sacudimiento, se fué acercando al portoncito. Cuando llegó a él, apenas podía tenerse, y extenuada, sintiendo que la vida se le iba, se sentó en el bajo umbral. Un sopor invencible la invadía y cogiéndose la ardorosa cabeza con las manos quedó inmóvil, traspuesta, acurrucada su menuda figura de nena espigadilla, como si durmiese rendida.

X

Llegó el caballero a galope; traía los claveles. Al dejar su caballo notó con sorpresa que la portanca que llevó Rafael comía tranquila, desaparejada, en su pesebre. Buscó al zagalón en el cuarto de la caballeriza donde tenía su cama, para increparle por no haber hecho el recado. Don Acisclo le había dicho que anocheciendo, el día anterior, Rafael le entregó la carta rogándole que le preparasen los claveles, que tenía que ir a la Rambla y que al regreso los recogería; pero no había vuelto. Registró en el arcón donde el mozo guardaba sus cosas, estaba abierto y tenía la llave puesta; pero estaba vacío. Sin duda, avergonzado por su falta, había cogido lo suyo y estaba ya camino de Santa Cruz para embarcarse. Enterado el caballero del rasgo de tierna esplendidez de su abuela, al ver la fea acción del criado, sus labios se contrajeron con disgusto, pensando, ¡es malo! ¡el que no mira a la cara, es malo! y haciendo un gesto de amarga conformidad, como quien, resignado, transige con la ruin condición humana, se encaminó al postigo.

Allí, como dormida, vió a la infeliz muchacha que, inconsciente, insensible, en un estado de rara catalepsia, seguía sentada con la cabeza entre sus manos. La miró un instante y su alma se llenó de paternal ternura besándola con los ojos.

¡Pobrecilla, la han rendido el sueño y la mala noche! pensó.

Llegaba en esto la abuela con su paso menudito y viendo a María y creyéndola también dormida, dijo a su nieto:

—No la despiertes, la infeliz es tan poca cosa. No tiene rigor para aguantar una noche en vela. Yo te ayudaré y entre los dos acabaremos lo poco que queda. Ya he visto el tapiz desde el balcón; está admirable; y salieron a la calle.

El caballero, apenas lo miró, quedó suspenso, admirado. ¿Cómo estaba completa la figura? ¿Cómo el corazón y la divina sangre estaban ya hechos y tan admirablemente matizados?

Miró interrogante a su abuela y fijando luego los ojos de nuevo en el tapiz, creyó distinguir verdadera sangre entre las flores. Alargó la mano, cogió un puñado de rojos pétalos y sus ojos se desencajaron asombrados y llenos de terror.

Abrió los dedos y el amasijo de hojas y de negruzcos coágulos, cayó como una pella de barro; algunos quedaron pegados a su mano enrojecida.

La abuela intensamente pálida, absorta, fué pasando del asombro al terror, luego a la admiración y al fin, como alucinada por una sublime y deslumbrante revelación, se dejó caer de rodillas junto al tapiz; y llorando, y riendo, mojó sus finos dedos descarnados en la sangre, los llevó a sus labios besándolos con unción, trazó una encendida cruz sobre su frente de marfil, entre la plata de sus cejas y la nieve de sus cabellos, y en un éxtasis decía:

—¡Milagro! ¡Milagro! ¡Un milagro, hijo! ¡Un milagro del Señor! ¡Atrodíllate, hombre de poca

fé! ¡Reza y llora, que el Señor ha bendecido nuestra casa!

El caballero, entre maravillado y receloso, miraba a todos lados buscando una explicación a cosa tan insólita.

María, seguía inmóvil, como dormida. De afuera se oían las conversaciones de las gentes agolpadas mirando por entre las tablas de las vallas que incomunicaban aquel trozo de la calle: al fin, los más atrevidos desclavaron varias; al principio se contentaron con mirar el tapiz, pero bien pronto, excitada su curiosidad por la actitud de la anciana, con los labios estremecidos en fervoroso rezo; con la pálida cara elevada al cielo; la roja cruz en la frente; los brazos abiertos y dejando correr raudales de lágrimas en un feliz arrobamiento; se fueron acercando, y al oír la repetir en su ardiente y ensimismada plegaria:— ¡Gracias, Señor! ¡Bendita tu misericordia que santifica mi casa con el milagro de tu divina sangre! ¡Bendita y alabada tu santa gracia!—, fueron comprendiendo, y las sencillas mujeres del pueblo, tocadas de aquel sobrehumano fervor de la señora, propensas siempre a lo maravilloso, comenzaron a orar. Y viendo la roja cruz de su frente, su boca y sus dedos ungidos de sangre, con esa exaltación propia de los sencillos, hundieron sus manos en el bermejo corazón del Salvador y, entre plegarias y lágrimas, pronto sus frentes y las de sus absortos pequeñuelos quedaron marcadas por rojas cruces.

De allí a poco, un gentío incontenible, inmenso, atraído por la maravillosa noticia del milagro que circuló como un relámpago por la ciudad, abatió lo que quedaba de las débiles paredes de

tablas y rodeó el tapiz; que pronto quedó maltrecho por aquel fervoroso resurgir de la ardiente llama que, en los comienzos, iluminó a las turbas cristianas en la poderosa Roma de los Césares y así, la saugre del crimen más justiciero que la ciega fatalidad haya cometido sobre la tierra, por un inesperado y arcano contraste, elevó los corazones al supremo gozo de sentirse iluminados por los divinos esplendores del prodigio, haciéndolos buenos y capaces del martirio al contacto de aquella sangre, que ruín mientras era vida dentro de un egoísta corazón de hombre, impulsándolo al más horrendo crimen: al abandono del hijo que había engendrado, era ahora—¡oh milagro! ¡oh divino y verdadero milagro!—camino de luz por el que las almas, henchidas de ternura y bondad, puras subían a la región inefable del amor infinito.

EPILOGO

El pobre cuerpecillo de María ya no recuperó sino una débil vida vegetativa que en un mes escaso se fué apagando. Y el frágil vaso de su cuerpo, incapaz de contener tanto dolor, se rompió, al fin, y quedó como una ajada azucena bañada en la luz azulina y expectral de la muerte.

La anciana señora se lo explicaba, lo veía natural, y todo el mundo con ella. La llamarada divina del prodigio había cegado las fuentes de aquella pobre vida terrena, llevando su venero al infinito oceano de la eterna y santa vida de los bienaventurados.

Fué enterrada y con ella sus humanos y terribles secretos; su crimen y su deshonra.

Un claror de santidad bañaría ya siempre su recuerdo en la memoria de las sencillas gentes...

Mas, el caballero, que no era apegado a conformarse con lo que violenta las, ya de suyo maravillosas, leyes naturales, sin comunicárselo ni a su misma abuela, buscaba tenaz la razón de aquel suceso, que para todos, menos para él, era ya un milagro consagrado por la opinión general.

Un día, el señor de Valleblanco, que no descansaba en sus pesquisas, creyó notar, pasando junto al pozo del cobertizo, un ligero hedor; y como ya hubiese percibido antes igual remusgillo a podredumbre, como de carroña, en las aguas

del riego, levantó el tablero y un fuerte hálito de cosa corrompida que del pozo salía, le hicieron pensar que allí estaba, quizá, el secreto tan tenazmente buscado.

Aguardó a la noche, y cuando todos dormían, provisto de unas abarrederas bajó al huerto. Tras cortos intentos, prendieron los afilados ganchos en algo pesado, que al removerse, aumentó hasta producirle mareos de asco, la hediondez que del pozo subía.

Con grandes trabajos logró alzar hasta el borde del brocal aquel podrido hallazgo y, amarrando la sogá a uno de los soportes del cobertizo inmediato, con el corazón estremecido, como si presintiese la terrible revelación, encendió una cerilla.

Quedó horrorizado. Había la abarredera prendido por el cinturón el cadáver descompuesto, y ya, a no ser por la ropa, no hubiera podido reconocerse en aquella masa fosa e informe, de la que las carnes se desprendían como gelatina reblandecida, al recio y vigoroso zagalón.

Lleno de horror, medio mareado por el asco y la fetidez insoportable, desenganchó con una violenta sacudida aquel macabro despojo y tras echar un saco entero de cal en las podridas aguas, tapó con cuidado el pozo y se volvió a la casona con el alma atribulada y sumido en dolorosas reflexiones.

¿Daría cuenta de su horrible descubrimiento? Cuando amaneció aquella noche de pesadilla, tenía su resolución tomada.

Con un fino instinto, su sagacidad reconstituyó el terrible crimen y sus causas. Amargas

lágrimas fueron a la vez en su conciencia absolución para su hija y cruel remordimiento por la locura de su juventud y sus trágicas consecuencias. Y dejando vivir la maravillosa leyenda, ordenó cegar el pozo, enterrando así, para siempre, la explicación, terriblemente humana, del «Milagro del Tapiz».



LA FIESTA DE LAS ALFOMBRAS

: : por GUILLÓN BARRÚS : :

LA FIESTA DE LAS ALFOMBRAS

No sé cuándo ni en qué periódico o publicación del país se insertó un artículo mío en el que hablaba de la *Fiesta de las Alfombras*, de la Orotava. De lo que dije entonces nada recuerdo; pero es un espectáculo de tan inagotable belleza artística, que siempre ofrece a la movilidad fantaseadora de la imaginación nuevos temas de idealidad.

Cada año, en este luminoso y acariciante mes de Junio, tiene aquélla fiesta una magnífica ritualidad consagratória. Siendo periódicamente la misma por su significación cívico-religiosa, es diversa en su esplendor y en sus motivos ornamentales. La suntuosidad decorativa, partiendo

de un pensamiento inspiratriz uniforme, recorre las más asombrosas y puras modalidades de la inventiva artística. Al valor infinito de un colorismo obsesionante, junta la fuerza conmovedora de los trasuntos místicos, y bajo el pleno sol, en medio del tumulto popular, a la sombra de las altas montañas que casi en semicírculo ciñen el caserío irregular de la Orotava, nos despierta a la vez el espíritu y los sentidos con una voluptuosidad completamente indefinible.

Parece un arte de comunión democrática cuyas raíces se perdieran en los lejanos territorios de la tradición pagana. Un arte que por reversión del sentimiento de la belleza plástica, pasó del culto de las divinidades mitológicas a la polimorfia monoteísta del Catolicismo romano.

* * *

He aquí todo un pueblo trazando sobre el empedrado de la ciudad los dibujos más complicados y sutiles. Noches y días, en una labor paciente y férvida al propio tiempo, vá cubriendo la oscura y desigual

superficie del pavimento de líneas, que se entrecruzan en caprichosas combinaciones y a veces de figuras que se destacan en el fondo de la multiplicidad geométrica concebida y fijada en el suelo por la inspiración de cada artista. Todo es distinto, todo es varío, todo es de una originalidad desconcertante. Y cuando ya los trazos iniciales diseñan o abocetan la concepción de cada cual, comienza entonces, por decirlo así, la obra del pintor. Primero el dibujante, después el colorista.

Quien vea esto por primera vez, ayuno de todo antecedente, se imagina asistir al entretenimiento de una ciudad convertida en manicomio de locos pacíficos, tocados de una mania colectiva de expertísimos artistas. Sin embargo, algunos momentos de atenta curiosidad u observación inteligente, bastarán para deshacer la primitiva errónea impresión.

....Y como sabemos ya que se trata de solemnizar la fiesta del Corpus Christi, y que aquellas líneas señaladas con jis o carbón sobre las piedras de las calles representan el esquema de otros tantos tapices

crecidos por el fervor religioso a los misterios del culto católico, sigamos observando la ininterrompida labor del pueblo que los confecciona con tanta maestría como profundo sentido creador.

Ahora aparecen grupos de menestrales cargados con grandes banastas rebosantes de flores. Cada jardín—el pueblo de la Orotava es eso: un vasto jardín parcelado en cuyo fondo de ensueño resalta el caserío, cuya vetustez y abolengo alternan con la modernidad de las recientes edificaciones—; cada jardín, repito, vuelca sobre las calles el tesoro de sus más lindas floraciones. Siguiendo los trazos de cada dibujo, van las manos aptas y afanosas formando el relieve con los pétalos deshojados. Rosas, alelías, capuchinas, azucenas, cinerarias, geranios, camelias, azaleas, margaritas, petunias.... ¡Una catarata de colores, una lluvia luminosa y deslumbrante, cual si la misma divinidad de Flora se entretuviese en un juego de maravillas teóricas! Y cuando las flores no bastan para completar determinadas entonaciones o para lograr ciertos matices, se recurre al

grano de algunos cereales o a las hojas de algunas plantas, como el brezo en verde o quemado, por ejemplo, y hasta a algunas sustancias terrosas como el almagre y sus similares. De esta amalgama, discreta y saviamente combinada, resulta en definitiva un prodigio de luz y de ejecución.

Se ha concluido el trabajo. A lo largo de las vías de tránsito más frecuentadas, se extienden, formando una policromía joyante y fresca, los grandes tapices naturales, las alfombras portentosas que en breve hollarán los pies de los que van en procesión tras el Crucificado. La ciudad semeja una serie de antesalas y corredores fastuosos. Aquella profusión de flores deshojadas que siguiendo el capricho del artista rellenan las líneas de cada dibujo, constituye una estilización sorprendente: pasajes de la Biblia, adornos góticos, caprichos del Renacimiento y toda una magia de resaltes felizmente imaginados ofrecen a la contemplación el mayor deleite que pueda concebirse.

El algo superior, quizás, a los obla-
ciones florales de los bonzos en los templos

sagrados de la India, y a aquellas gentílicas fiestas de Corinto, de Pafos, de Chipre o de Pompeya, en que los jardines públicos y privados se despojaban de su más bello ornamento para conmemorar algún fausto acontecimiento.

* * *

Sólo conozco una pluma capaz de describir esta *Fiestas de las Alfombras*, que hace acudir a la Orotava un gentío innumerable, como en una romería de admiración, creciente cada año. Esa pluma sería la de Pierre Loti, si viviera.

La delicadeza, la finura de estilo del autor de «*Madame Crisanthème*», habría hallado en esa fiesta un motivo adecuado a su temperamento exquisito. El, únicamente, hubiera logrado darnos la precisa y exacta emoción de arte con que sacude nuestra sensibilidad. El esplendor rutilante de las alfombras de flores que cubren las calles de la Orotava el día del Corpus, requiere el poder de una imaginación fielmente receptiva y románticamente enamo-

rada del alma de las cosas como la del gran escritor francés.

Indiscutiblemente, para descripciones de este género, hace falta una pluma como la que ha descrito el esplendor de las rosas en los maravillosos jardines orientales de Ispahán.

Guillón Barrús.



UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
BIBLIOTECA



6605043899